

leon llegó el 23 á Erfurth, y no permitió que sus generales y soldados descansasen mas que dos días. Amenazado por Blucher, por el lado de Eisenach, tuvo que abandonar á Erfurth el 25, y dirigirse á Gotha; el 26, se aceptó el combate con bastante seguridad en el bosque de Thuringe; el 28, llegamos á Schlusern, habiendo pasado á Fulda. Allí parecia contenerse el encarnizamiento del enemigo, pues que solo nos perseguian algunas ordas de Cosacos, los cuales, aunque á la verdad nos hacian mucho daño, sin embargo estrechaban por el temor continuo de sus ataques, los lazos de la disciplina, apresuraban la marcha de los Franceses, y el ejército se hallaba siempre mas compacto. Esperabamos llegar sin tirar un tiro hasta las murallas de Maguncia; pero un obstáculo tan grande como imprevisto nos aguardaba á las márgenes del Kintzig, obligando todavía á los Franceses á dar pruebas de su valor con una victoria, en su última estancia en la tierra germánica.

El nuevo ejército austro-bávaro, que se habia reunido en Braunau el 19 de octubre, se habia puesto en movimiento bajo las órdenes del general Wrede, y dirigiéndose á marchas

forzadas por la espalda de nuestras tropas, á fin de cortarlas la retirada hasta la frontera de Francia. El 24, con motivo del rumor de la victoria de Leipsick, se presentó delante de Wurtzbourg; allí se vió detenido por mil doscientos Franceses, cuyo comandante, el general Tharreau, despreció fieramente en su nombre cuantas intimaciones le fueron hechas, para que se rindiese, por un ejército de cincuenta mil hombres. Wrede tuvo la barbarie de cañonear con cien piezas de artillería una ciudad amiga, y la vergüenza de dejar una brigada delante de la ciudadela, donde se habia encerrado Tharreau y sus mil y doscientos valientes.

El 29, ocupaba Wrede á Hanau con el grueso de su ejército. Instruido Napoleon de esta circunstancia, salió de Schlutem y dispersó las brigadas austriacas y bávaras que inquietaban su marcha. Persuadido de que necesita dar todavía una batalla antes de abrirse las puertas de Francia para su ejército, mandó que se dirigiesen sobre Coblenza todos los bagages protegidos por la caballería de los generales Milhaud y Lefebvre Desnouettes. Efectivamente el 30, le esperaban cuarenta mil hombres sobre el Kintzig, delante de Hanau,

acompañados de un tren de artillería formidable. A la salida del bosque que separa los dos ejércitos, como Napoleón carecía de artillería, se vió precisado á suspender el ataque, contentándose con el tirotéo de sus guerrillas. A las tres de la tarde se presentó Drouot con cincuenta piezas de la guardia, é hizo enmudecer el fuego de los enemigos. Pero una carga de la caballería austro-bávara, aprovechándose de la ocasion en que el general Nansouty extendia la suya hácia la derecha, rodeó tan de cerca la artillería francesa, que los artilleros tuvieron que defenderla al arma blanca. Entonces la caballería de la guardia y los cocareros despejaron la artillería, y arrollando con una carga á fondo la infantería, y la caballería del enemigo, dispersaron enteramente su izquierda. Sin embargo de esto, el general Wrede, para favorecer su retirada, empenó su derecha en un ataque vigoroso, el cual, contenido en breve por otra parte de la guardia, no tuvo mejor éxito que el primero; y el ejército austro-bávaro, rechazado hasta la otra parte del Kintzig, no pudo reunirse hasta la noche, bajo la protección de la artillería de Hanau, despues de ha-

ber tenido seis á siete mil bombres muertos, heridos y prisioneros. De este modo se terminó esta batalla que habia preparado la traicion en Ried y en Braunau.

El dia siguiente entró el mariscal Marmont en Hanau; persiguió al enemigo, cayó sobre su ala derecha, y la hizó retroceder hasta el Mein. Esta empresa que Napoleón habia ordenado tuvo todo el éxito que él se habia propuesto. El mariscal Mortier, que se habia quedado el 30 en Gelnhausen, pudo reunirse con el grueso del ejército. Marmont se replegó en la otra parte del Kintzig. El cuarto cuerpo, mandado por el general Bertrand, permaneció delante de Hanau y ocupó la desembocadura del Lamboi. El general Wrede volvió sobre el mariscal Marmont, y quiso tomar de nuevo á Hanau; pero, despues de haber forzado la puerta de Nuremberg, quedó fuera de combate habiendo caído herido, y no pudo evitar que sus columnas fuesen rechazadas hasta la otra parte de la ciudad. Tampoco tuvo mejor resultado el ataque que habia dirigido sobre el puente de Lamboi, defendido por el general Guilleminot; á pesar de la inferioridad de sus tropas y la de su artillería que solo era de

doce piezas contra treinta, este general conservó su posición. El cuarto cuerpo, libre ya de todo temor, evacuó á Hanau para tomar el camino real de Francfort. La división bávara que se hallaba en aquella ciudad, la abandonó á la vista de Napoleon. El 31 de octubre, llegó á ella sucesivamente todo el ejército, y el 2 de noviembre, Maguncia recibió dentro de sus muros, por la última vez, al emperador Napoleon y á su ejército.

El general Bertrand fue el único que quedó fuera de la puerta del Rin, y se fortificó en Cassel y en Hochem. El 9, tuvo que abandonar este último puesto á causa de la superioridad de las fuerzas enemigas, y se encerró en la famosa cabeza de puente de Cassel.

Este fue el último combate de la campaña. Los ejércitos combinados se acantonaron en la orilla derecha del Rin. Blucher se estableció entre Coblenza y el Mein, Schwartzemberg entre el Mein y el Necker, Wrede sobre la orilla izquierda de este rio; Beningsen bloqueaba á Magdeburgo; Klenau contenía en Dresde al mariscal San Cyr: el 28, Saint Priest y sus Rusos ocuparon á Cassel, capital del reino de Westfalia, borrado del número de

los Estados por los aliados, que habian sancionado su erección y tratado con Gerónimo de nación á nación; sus tropas invadieron igualmente el ducado de Berg todo entero así como el Hanover; Wintzingerode se extendió en el Oldemburgo y el Ost-Frisa, mientras que Bulow marchaba para insurreccionar la Holanda. Los príncipes aliados, reducidos en lo sucesivo á adoptar los principios, á hablar el lenguaje y á emplear los medios de la revolución, residian con su estado mayor militar y político en Francfort, desde donde, para completar la ruina de Napoleon, iban á predicar á los pueblos de la Europa la insurrección, como el mas sagrado de los derechos y lo mas indispensable de sus obligaciones, casi en los mismos términos que la Convención nacional de Francia.